

# PEQUEÑAS LETRAS GRANDES HISTORIAS

5º Y 6º DE PRIMARIA



## COMITÉ EDITORIAL

### **Dinorah López de Gali**

Presidenta del Patronato del Sistema Estatal DIF

### **David Villanueva Lomelí**

Auditor Superior del Estado de Puebla

### **Ignacio Alvízar Linares**

Secretario de Educación Pública del Estado de Puebla

### **Roberto Trauwitz Echeguren**

Secretario de Cultura y Turismo del Estado de Puebla

### **Arturo José Ancona García-López**

Director General de la CONALITEG

### **Antonio Araige Rodríguez**

Subdirector General de la CONALITEG

## AUTORES

Pedro Ángel Palou

Perla Sofía Pacheco Aguilar

Adzuirá Samara Guerrero Pérez

Lizeth Pérez Castillo

Joel Herrera Velázquez

Elizabeth González Morales

Martín Yahir Muñoz Cariño

Felipe de Jesús Roldán Montiel

Antonio Gutiérrez Robles

Jonathan Valle Buenavista

## ILUSTRADORES

Patricio Betteo (portada, pp. 10-11)

Adrián Pérez Acosta (pp. 4, 6-7)

Mariana Alcántara (p. 13)

Paola Calvo (pp. 14-15)

Maya Selene García (p. 17)

Isidro Esquivel (pp. 20-21)

Nora Millán (p. 23)

Mariela Califano (pp. 25, 31)

## EDITORIAL

CIDCLI, S.C.

### **Elisa Castellanos**

Coordinación editorial

### **Roxana Deneb**

Diseño y diagramación

### **Paola Aguirre**

Cuidado de la edición

Primera edición, 2018

D.R. © Auditoría Superior del Estado de Puebla

5 sur 1105 col. Centro, Puebla, Puebla

D.R. © Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla

13 Poniente 2904, col. La Paz, Puebla, Puebla

ISBN: 978-607-96863-7-6 (Obra completa)

ISBN: 978-607-96863-9-0 (Volumen II)

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

# Introducción

Convencidas del poder de la literatura como medio de transformación social a través de la promoción de los valores en la niñez y juventud poblanas, diversas instituciones públicas unimos esfuerzos para presentar el primer concurso estatal de cuento **Pequeñas letras, grandes historias**.

El Sistema Estatal DIF, el Gobierno del Estado, la Auditoría Superior del Estado, el Ayuntamiento de Puebla y la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos nos propusimos incentivar la creación literaria con el tema de los valores de la campaña “Donde hay un poblano, hay compromiso”; así como promover los trabajos de niñas, niños y jóvenes escritores de nuestra entidad, a fin de generar espacios de participación para la comunidad escolar.

En esta primera edición recibimos un total de 655 cuentos, de los cuales 182 fueron escritos en lenguas indígenas.

Las categorías fueron las siguientes:

- Categoría A: 3° y 4° de primaria
- Categoría B: 5° y 6° de primaria
- Categoría C: secundaria

Entusiasmados por el talento, la creatividad y la visión que los pequeños y jóvenes plasmaron en sus textos, conformamos este libro con los cuentos finalistas, con el propósito de transmitir la importancia de los valores como pilares de una sociedad pacífica, honesta y justa; para difundir el talento de los escritores a manera de reconocimiento; y para incentivar la participación de más niños y adolescentes en el concurso. Por ello, esta edición consta de 150,000 ejemplares.

Deseamos que disfruten estos cuentos y que representen, en cada lector, una esperanza de hacer de Puebla un mejor estado, si continuamos trabajando con la niñez y la juventud en la formación de valores y fomentamos en ellos **Pequeñas letras, grandes historias**.

Continuemos sumando esfuerzos a favor del fortalecimiento de valores.

¡Participen!



# Lucio y Lucía

PEDRO ÁNGEL PALOU

Lucio siempre se sintió un niño normal. Al menos hasta cuarto de primaria cuando tuvo que empezar a usar gafas. Era el único de su clase con lentes. Le empezaron a decir “Cuatro Ojos” y a burlarse de él. Pero a Lucio no le importó el apodo. Podía ver, era como si le hubiesen puesto una nueva capa de pintura a todo. Los azules eran al fin azules. Los contornos de las cosas eran nuevamente nítidos. No se pegaba en las escaleras ya, ni tenía que imaginarse la dimensión de un perro amenazante en la calle. Ahora todo cobraba un sentido de realidad. Como si antes Lucio hubiese vivido en otro planeta.

Desde que entró a tercero una nueva niña le llamó la atención: Lucía. Por su nombre, quizá, tan parecido al suyo, salvo por la a y el acento en la i. En realidad, Lucio y Lucía no podían ser más diferentes. Ella era delgada. Él más bien redondo. Ella era morena y él muy blanco, tan blanco que siempre que se asoleaba en el patio de recreo sin gorra se le pelaba la piel. Ella nunca le haría caso a alguien como él. Es más, Lucio estaba seguro de que para Lucía él era como el hombre invisible. Se sonrojaba al verla llegar en las mañanas, se escondía para no tener que saludarla, porque una fuerza mayor que él se lo impedía. ¿Eso era el amor? No. Claro que no. El amor es para los más grandes.

Ella tenía los ojos más hermosos y en cambio él... Él acababa de descubrir que era miope y que necesitaba lentes. Fueron los anteojos los que le hicieron conocer la crueldad de los demás frente a las personas distintas. No sólo eran los apodos, sino que Encinas, por ejemplo, el más alto, buscaba cómo hacerlo quedar en ridículo, como si usar lentes lo hiciera menos hombre. Le ponía el pie y Lucio, sin darse cuenta, tropezaba con él y caía estrepitosamente sobre el patio de tierra, haciéndose daño.

Un día, al salir de clases, Encinas y otros tres compañeros estaban en la puerta del colegio. Era imposible evitarlos.

—¡Cuatrojos!, fíjate por dónde caminas —le gritó uno de ellos haciendo el ademán de que Lucio sin querer lo había empujado por descuido. No había ocurrido tal cosa. Adrede le habían hecho caer en la trampa.

—Mira, cegatón —le espetó Encinas—, le vas a tener que pedir disculpas a Fariña. Y le vas a tener que hacer la tarea de Matemáticas toda la semana si no quieres que te pongamos una tranquiza que ni tu mamá te va a reconocer.



Por un instante Lucio estuvo a punto de ceder frente al reclamo. Se quedó callado, tragó saliva y estaba a punto de pedir perdón cuando Lucía apareció en medio del grupo y sin miedo alguno le gritó a Encinas:

—Mira, grandulón, te crees muy muy porque eres grande y tienes siempre a tu bolita. Por eso piensas que puedes andar amenazando a todo el mundo. Esta vez te equivocaste: Lucio no está solo. Yo escuché todo y te puedo acusar con el director si algo le pasa. Él no tiene por qué hacerle la tarea a nadie. Menos disculparse, cuando casi lo tira Fariña a propósito.

—Uy, ahora el Cuatrojos tiene a su mamita en el colegio para que lo defienda.

Lucio no sabía qué hacer. Se sentía aún más pequeño que antes. Disminuido por los insultos del grupo de malosos de su grado y por su reciente abogada defensora. Nunca se le había pasado por la cabeza que Lucía sabía quién era él, o siquiera que sufría frente a sus compañeros y era incapaz de defenderse solo. Quiso que la tierra se abriese allí frente a sus pies y se lo tragara completito para no devolverlo nunca, como había ocurrido en un pueblo vecino con una hilera de casas completa: en las lluvias torrenciales desaparecieron el cerro, sus animales y todos los que allí vivían. Bien le hubiese gustado estar muerto.

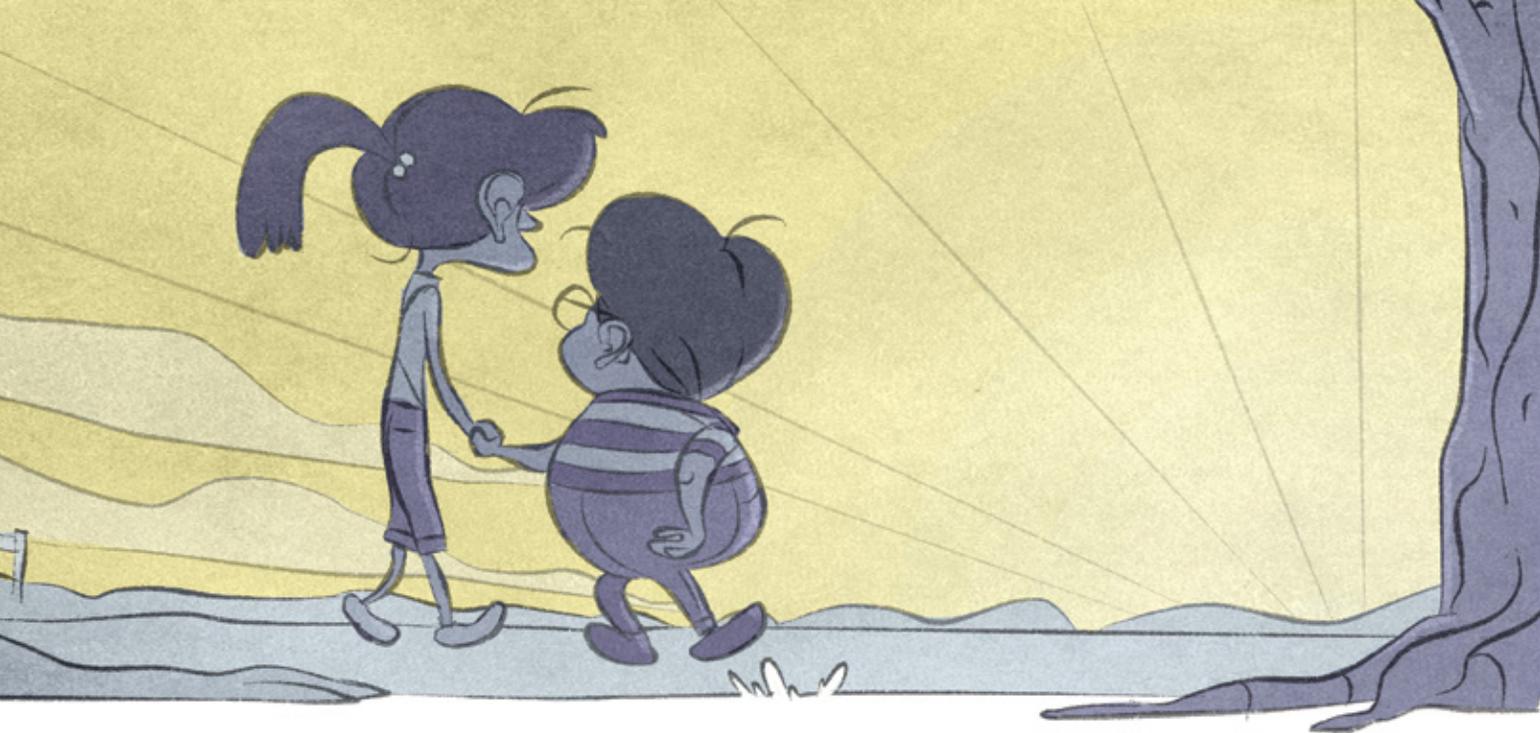
Encinas intentó amenazarla entonces a ella:

—Como le digas algo al director, te va a ir peor que al Cuatrojos este.

—¿Y qué me vas a hacer? ¿Me vas a pegar también, como le dijiste a él que harías, hasta que nadie me pudiera reconocer? ¿Eres tan poco hombre?

Lucio no sabía de dónde salía la valentía de su nueva amiga.

—¿Ves? No sabes con quién te metes. Seré mujer, pero sé defenderme. No sólo de



los insultos, también de los golpes. Pruébame, si quieres. Pero te recomiendo que no vayas por ese camino. Está muy canijo que te vaya bien.

Los amigos de Encinas tampoco podían creer lo que escuchaban.

—Así que soy yo la que te advierte. Es la última vez que molestas a Lucio. O que te metes con él. Y tiene nombre, no se llama Cuatrojos.

Encinas agarró su mochila y le hizo un gesto a su camarilla. El discurso de Lucía fue efectivo. No lo volvieron a molestar. En los meses siguientes Lucio fue adquiriendo más seguridad, o al menos un poco de aplomo para hacerse amigo de Lucía. Primero se quedaron de ver en el parque en la tarde y fueron por helados. Una semana después se citaron para ver una película de terror en el cine. Ella le preguntaba por todo. Sabía la historia de Lucio de arriba abajo y del derecho al revés. A él le daba pena interrogarla, pero también poco a poco se fue enterando de que su padre era juez y lo habían trasladado al pueblo hacía un año. Que extrañaba mucho su ciudad natal, que tenía pocas amigas —un par— y que Lucio era su único amigo hombre. Lucio, como ella, era también hijo único y le tuvo que confesar un día que él sólo la tenía a ella. Hacían la tarea juntos en la Biblioteca Pública y a veces la veía al salir de misa con sus padres y al fin se atrevía a saludarla. Encinas enfocó sus baterías de malvado hacia otros, no era fácil que un tipo así cambiara de la noche a la mañana. Pero al menos le tenía respeto a Lucía y, por lo mismo, Lucio dejó de ser su blanco favorito de bromas.

Un día, después del carnaval en el que todo el pueblo salió disfrazado de fiesta, se fueron a sentar a una banca del parque y él se atrevió al fin a preguntarle cómo era que se había vuelto tan fuerte.

—¿Por qué no tienes miedo de nada?

—No, Lucio —le dijo su amiga—, te equivocas. Tengo igual que tú muchos temores. Me da miedo sobre todo lo nuevo. Lo desconocido. Pero no dejo que el miedo me paralice. Y lo que no me da nada de miedo, nada, de verdad, es alguien como Encinas. Ellos te discriminan y se van felices cuando caes en su red. Pero nadie tiene derecho a discriminarte. Ni a ti ni a nadie.

—No es que yo creyera en lo que me decía. Pero sentía que él tenía un poder muy grande por encima de mí. Y me sometía a sus burlas y a sus ataques.

—Tienes derecho a no ser discriminado, Lucio. A ser distinto. A ser tú mismo. Todos tenemos ese derecho y nadie puede pisotearlo. Eso me ha enseñado mi padre. Por eso es juez, porque cree en lo justo y lo injusto. Y trabaja para que este mundo sea un poquito menos injusto cada día.

—Tú eres igual a él, entonces —se atrevió a decirle Lucio—, has hecho cada día de mi vida este año un poco o un mucho mejor.

—Yo sólo pienso que cada uno de nosotros merece respeto. Yo, por ejemplo, soy flaca como un palo. No es que me guste. Me encantaría tener más kilos o más cachetes. Y menos orejas —bromeó atizándolas como papalotes—, pero soy así.

—Si a éstas nos vamos yo soy gordo y lentejudo. Nada de lo que sentirse mal, ¿verdad?

—No. De lo que puedes estar triste es de lo que no hagas en la vida, no de tu físico, o tu dinero, o tus capacidades o discapacidades. De lo que te debes sentir orgulloso es de tu esfuerzo. Y mira, yo ya saco diez en Matemáticas desde que soy tu amiga y me explicas.

Esa tarde, después de una de sus acostumbradas confesiones fueron al cine y cuando se apagaban las luces Lucía le pidió que fueran novios. Lucio no podía creerlo. Él no se atrevía a pedírselo desde hacía un mes que sintió que su amistad se había vuelto amor. No quería estropear eso que tenían, lo que él, en las noches, llamaba su confusión. Pero no estaba confundido. Seguro los dos sentían ya eso desde hacía tiempo. Él le dijo que sí y sintió que su corazón le rompía la camisa y la chamarra.

Lucía se acercó a él y le dio el primer beso. Ahora volvía a ser normal. Totalmente normal, como antes de usar lentes. Lucía estaba en lo correcto: nunca más, por ningún motivo dejaría que alguien lo amenazara o ninguneara. Nunca más dejaría que lo discriminaran.

—Besas bien rico —le dijo ella al despedirse esa noche.

¡La total emoción! Quién sabe si algún día pueda volver a dormir, se dijo, entre las nubes, como en un sueño. Lucía lo había despertado en realidad de una mala pesadilla que nunca jamás se repetiría.

**PERLA SOFÍA PACHECO AGUILAR**

Edad: 11 años • Grado: 6° • Grupo: Turquesa

Nombre de la escuela: Colegio Darlington • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Clara Ivonne Reyna Camacho

## Únic@

Érase una vez, en un lugar muy especial, un ser realmente especial. Todo estaba bien con su salud, pero algo tenía, algo que le hacía únic@. Los doctores no lograban entender qué pasaba, pues se trataba de una niña-niño. Sus padres decidieron nombrarlo Jossmar.

Cuando cumplió los cuatro años, sus padres le preguntaron:

—¿Qué te gustaría más, ser un niño o una niña?

Ella se dijo a sí misma: “Si fuera una niña me gustaría el color rosa, jugaría con muñecas, usaría vestidos y un príncipe me rescataría; pero si fuera niño me gustaría el color azul, jugaría con carritos, rescataría princesas, usaría pantalones y mataría dragones con mi gran espada. Pero me gusta el color rosa y también matar dragones... ¡Ya sé!, soy una princesa matadragones, sí, es obvio”.

Llegó y les dijo a sus padres:

—¡Ya sé! No quiero ser ninguno, sólo quiero ser yo.

El día siguiente iba a ser muy importante, pues entraría a preescolar por primera vez, estaba emocionada y nerviosa, pero al final eran sentimientos normales. Cuando entró vio a todos sus compañeros nuevos y pensó: “Será un buen día, creo”. Se sentó y esperó a la maestra. En eso, una compañera llegó, se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Quiénes te gustan más, las princesas o las hadas?

A lo que respondió:

—Ningunas. Me gusta más matar dragones y peinar muñecas.

La niña se confundió y dijo:

—Pero, ¿cómo es eso posible? Si a las niñas no les gusta matar dragones, ni a los niños peinar muñecas.

—Pues fácil, no soy niño, pero tampoco soy niña. Simple, sólo soy yo, la única persona que quiero ser.

—¿Sabes algo? Me agradas. Tu actitud es perfecta para ser una persona asombrosa, así que: ¿quieres ser mi amiga?



A lo que ella respondió:

—Sí, claro, me encantaría.

Se sentaron juntas y comenzó la clase.

Al día siguiente, Jossmar estaba muy emocionada de ver a su amiga una vez más. Lo que no sabía era que ese día no iba a ser igual, pues alguien nuevo llegaría a la escuela.

En hora de recreo, el niño nuevo se le acercó y le dijo:

—¡Hey, tú, el niño de rosa!

Jossmar inmediatamente giró la mirada hacia su nuevo compañero y respondió:

—¿Hay algún problema con el color de mi ropa?

Su compañero sonrió de manera burlona afirmando que el rosa era un color que solamente usaban las niñas. Jossmar, con la mano derecha se tocó la frente en señal de desaprobación del comentario que acababa de escuchar y respondió:

—¿En dónde o quién dice que el color de la ropa que usamos determina ser niño o niña? Deberías saber que peinar muñecas, patear una pelota o matar dragones no es exclusivo de niños o niñas.

Esta respuesta ocasionó que el recién llegado compañero de clase, enmudeciera y no supiera qué decir; se sintió muy apenado por su actitud, por lo que no tuvo más remedio que ofrecer una disculpa.

Jossmar, sin dudarlo, aceptó las sinceras disculpas recibidas por parte de su compañero, no sin antes decirle:

—Respétame, como yo te respeto a ti.



**ADZUIRA SAMARA GUERRERO PÉREZ**

Edad: 11 años • Grado: 6° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Centro de Capacitación Infantil • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Juana Socorro Vázquez Hernández

## La solidaridad

En un pueblo, en una gran casa con jardín, vivía un hombre solitario al que sólo le gustaba la compañía de su viejo criado. El sirviente llevaba muchos años a su servicio y se encargaba de todos los quehaceres para que el hogar estuviera siempre limpio y ordenado. Cada mañana se levantaba antes del amanecer para hacer las camas, quitar el polvo y tener listo el desayuno a primerísima hora. No había nadie más profesional, servicial y educado que él y, por eso, el señor de la casa le respetaba y apreciaba mucho.

Un día, este hombre, que dirigía una empresa y siempre estaba muy ocupado, llegó a casa muy alterado.

—¡Estoy enfadadísimo! Toda la mañana en reuniones de trabajo y no han servido para nada. ¡Estoy rodeado de holgazanes que no saben ni lo que hacen!

El criado, que tenía confianza en él, intentó quitarle hierro al asunto para que se apaciguara, diciéndole:

—Tranquilo, ya verá cómo el problema no es tan grave y tiene solución. No me gusta que regrese de la oficina así de disgustado. ¡Se ha puesto tan colorado que parece que va a explotar!

Pero él seguía echando chispas, agitando las manos y gritando como loco:

—¡No puedo, no puedo! Encima llevo seis horas sin comer y estoy hambriento. Sírve-me la comida ahora mismo que si no me voy a desmayar.

El criado asintió con la cabeza y se alejó hacia la cocina con paso presuroso. Dos minutos después regresó al comedor con un gran plato de sopa entre las manos, y diciendo:

—Aquí tiene una deliciosa sopa de verduras, su favorita. Ande, tómesela, ya verá qué bien le sienta.

El caballero se sentó a la mesa, se ató una servilleta de lunares al cuello y metió la cuchara en la sopa. En cuanto la probó, exclamó:



—¡Puaj, qué asco de sopa! ¡Esto es incomible! ¡No tiene ni pizca de sal, y encima está helada!

Fue la gota que colmó el vaso; se levantó y, en un arrebato de furia, agarró el plato y lo lanzó por la ventana.

En un primer momento el criado no supo qué pensar ni qué hacer, pero enseguida reaccionó; en silencio se acercó a la mesa, cogió el pan, el vino, la servilleta, los cubiertos y el mantel, y también los lanzó por la ventana, con tantas ganas que atravesaron medio jardín. Los gritos del señor retumbaron en toda la casa:

—¿Pero qué haces, inútil? ¿Cómo te atreves a tirar mis pertenencias? ¿Quién te crees que eres?

El criado, sin perder la calma, le miró a los ojos y respondió:

—Perdone, señor, pero no pretendía hacer nada incorrecto. Como tiró la sopa por la ventana, di por hecho que quería cenar en el jardín, así que acabo de hacer lo mismo que usted: he lanzado todo lo necesario para que disfrute de la comida bajo los árboles. Afuera tiene el pan, el vino, la servilleta, los cubiertos y el mantel a su disposición.

El amo se sintió muy avergonzado porque sabía que su criado y viejo amigo sólo quería demostrarle lo feo que había sido su comportamiento.

—Lo siento, lo siento mucho —dijo el hombre—. Por culpa de los nervios me he comportado como un ser irracional, maleducado y lleno de soberbia. Espero que sepas perdonarme.

El criado sonrió satisfecho y se acercó a darle un abrazo. Entre ellos jamás volvió a producirse una situación desagradable, y continuaron respetándose el resto de sus vidas.

**LIZETH PÉREZ CASTILLO**

Edad: 11 años • Grado: 6° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Escuela Primaria José Clemente Orozco • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: María Ángela Márquez Alvarado

## El rescatista

Emiliano era un niño de doce años que vivía en la Ciudad de México y era muy feliz. Ese jovencito era muy buena persona y bastante conocido en la escuela, pero tenía un pequeño problema, sus compañeros se burlaban de él por ser pobre. Después de la escuela, unos niños del salón, llamados Alfonso y Roberto, llegaban a molestarlo y a burlarse de él, diciéndole cosas como:

—No sirves para nada; nadie te quiere; eres pobre...

Siempre le decían y le decían y no paraban de molestarlo por su situación económica. Hasta lo hacían quedar mal con los maestros, inventando chismes y culpándolo, siempre que podían, por algo que supuestamente él hacía mal.

Pasaron los años y Emiliano ya no era un niño, sino un joven que trabajaba de rescatista en México, y hasta iba a otros países a salvar personas afectadas por sismos y terremotos. Sus misiones eran complicadas, pero con mucho esfuerzo y entusiasmo, siempre tenía éxito.



Pero un día, un “tranquilo” 19 de septiembre del 2017, ocurrió un terremoto de 7.1 grados de magnitud que acabó con la vida de muchas personas, en especial en la Ciudad de México, donde mandaron al equipo de Emiliano a rescatar, de entre los escombros, a las personas y animales que se encontraban ahí, con o sin vida.

Ese día, por la tarde, se encontraron con un edificio que colapsó y rescataron a los más afectados, lo más rápido posible. A Emiliano le tocó ayudar, pero lamentablemente, la mayoría se encontraban ya muertos, muy pocos todavía respiraban. Más tarde, mientras hacía su labor, escuchó una voz familiar pidiendo ayuda y, con sorpresa, cuando pudo rescatar a la persona, con la ayuda de sus compañeros, se dio cuenta de que se trataba de Alfonso, uno de los niños que siempre lo molestaban.

Alfonso lo reconoció y le dijo:

—Gracias, amigo, lamento haberte hecho sentir mal burlándome de ti cuando éramos niños.

A lo que Emiliano contestó:

—No es nada, Alfonso. Me acuerdo cuando me decías que no servía para nada, pero descuida, el tiempo hace olvidar y hay que ser solidario y amable con quien lo necesite. No importa el pasado. Lo importante es que hoy estás vivo.



## JOEL HERRERA VELÁZQUEZ

Edad: 10 años • Grado: 5°

Nombre de la escuela: Josefa Ortiz de Domínguez • Municipio: San Sebastián Tlacotepec

Nombre del docente: Gabriela García Arroyo • Lengua materna: mazateco

# Chitú “Chelo”

Joab ocho Joel kio ichia tanu, nchikaa Rufina chitú ngu kitsa’a kisi maja xkuxu kongo too xa nini yotsi xa’a “Chelo”xuki mi’i.

Ngo tsexun ngo tojñi, ngo ta’a kia xufi ngo ta’a kia fi skuelo, kio xu bachini choxia chitua.

Ja xubo Joel yoo xu tixuki Gerardo, ño xu yixtixiki kiji xu ngo nchiyoo músico oxu.

Ngu koo xuni ngu ngixuu, kio xu itu ni skuelo, jaxu jabo Joel kisisko xu kuxu miga futbol, mixukie xuti kijini.

Tuu ki ixu komo ichixu jabo “Chelo”. Kiindexi ichi, kutsajasa xitsa’a, kinixu kinxu sitia. Kino sisko xu jabo Joel, mixu kie kisisia, jaxu jabo miga Galya, tsuxa tichi tsaja’a chitú lii.

Mixu kie taa ki sisconi jabo Joel kisi chinio xa’a a Chelo, ya cho nuxua. Kooso xu inkikinde jabo chitú kiji xini ndiya’a diyoni ya jabo Joel.

Ño xu kibo miga kisikisanxu ma’a xuni okisi’i jabo chitú, suxa miga ndaku tiini, tilo xu komo.

Mi xu kia kisikitsaa, Moncho kuxkuxu jabo Joel ngo ki jini. Ischi xuni niyaá fosa’a xu miyá kosino, yo xu kitsa na’a Kino yo xu niyoo tso kooxu kia’a yo xu. Ni mi xuba ma’a xusii kiskinde xu jabo Joel.

Kio xuichi Gerardo, kuxu noia, kuxu tsinia Galya. Ngo jo xu kisi kosa ta’a xu jabo Lena, kisi kojno xu ngosu nocho, kisi kajna xu xkee.

Kosko xu ischi xu jabo auxilia. Kisku too xu kia xu tsukoni ja xubo chokia kijixu kia xu tsokoni. Kitsu xaa jabo Lena koto kutsaja xaa jabo aku xubo kia ko tii xuxke.

Soo xu ki sania kibo familia. Ja xubo Joel ya cho xua di chitua. Chelo xu migaa xubo jabo Joel. Jaa xu tsi kando familia.

## El gato “Chelo”

Cuando Joel cumplió diez años de edad, su tía Rufina le regaló un gato al que le tomó mucho cariño y decidió nombrarlo “Chelo”. Todas las mañanas, antes de irse a su clase, le daba de comer y al regresar a casa, lo primero que hacía era llamarlo.

Joel vivía con su madre y su hermano Gerardo, porque sus hermanos eran músicos y se habían ido a trabajar a la ciudad.

Una tarde, al salir de clases, Joel se entretuvo con sus amigos jugando futbol, y no se fue pronto a su casa. En eso, en la cancha de futbol apareció Chelo; maullaba desesperadamente, como si algo le molestara y miraba a su amo. Como Joel estaba muy entretenido en el juego, no le hacía caso, hasta que su amiga Galya le dijo que fueran a ver qué le pasaba a su gato.

Joel dejó de jugar y se acercó a Chelo, lo acarició para calmarlo. El gato maulló más fuerte y se dirigió hacia el camino que conducía a la casa de Joel.

A los amigos de Joel se les hizo rara la actitud del gato y le dijeron a su amigo que se fuera rápidamente a su casa, porque tal vez algo había ocurrido.

Sin pensarlo dos veces, Joel se fue corriendo detrás del gato. Llegó a su casa y entró a la cocina, ahí encontró a su mamá desmayada. No sabía qué hacer y empezó a llorar.

En ese momento llegaron su hermano Gerardo, su papá y el tío de su amiga Galya. Entre todos levantaron a doña Elena, la recostaron en su cama y le dieron a oler alcohol.

Tiempo después llegó la auxiliar de salud. La examinó y les dijo que el desmayo había sido porque su presión arterial se había elevado. Le indicó a doña Elena que debía cuidar su alimentación y tomar medicamentos para controlarla.

La familia quedó tranquila, y Joel acarició a su gato. Se había dado cuenta de que Chelo no sólo era su mascota, era su gran amigo, un amigo que cuidaba de su familia.



## ELIZABETH GONZÁLEZ MORALES

Edad: 10 años • Grado: 5° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Instituto Normal Enrique Benítez • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: María Martha Cortés Hernández

# El desfile del alebrije

Esta historia comienza en una mañana cualquiera, en la bella ciudad de Puebla, donde dos niños discutían el adorno que debía llevar el carro alegórico para el desfile del 5 de mayo. Francisco, como un chico tranquilo y de ideas tradicionales, opinaba que él y su amigo Gabriel, junto con su amiga María Alicia, debían ir vestidos de charros y de china poblana, y que el carro debía adornarse con un vistoso alebrije lleno de color. Mientras que Gabriel pensaba que ser un charro era ridículo y él prefería ponerle llamas al carro junto con un fondo todo negro, y que sus amigos vistieran un audaz traje de carreras. Por su parte, a María Alicia no le importaba que fuera decorado el carro alegórico, lo único que le importaba era que los tres participaran sin hacer el ridículo, ella era linda y debía lucir.

Sin saber de dónde, un gato saltó por la ventana del salón, e inmediatamente, Gabriel le llamó Tío Bigotes, porque era muy parecido a su querido tío. María Alicia saltó sobre el gato para poder agarrarlo, sin embargo, el gato velozmente se escabulló por la puerta del salón, provocando gran alboroto en la clase, ocasionando que Francisco, Gabriel y María Alicia salieran tras él para perseguirlo. Tío Bigotes, nada tonto, corrió hacia la biblioteca pasando entre los pies de las maestras que con disgusto gritaban:

—¿Quién dejó entrar a ese animal?

En la biblioteca había varios cuadros, y uno de ellos llamó la atención de Tío Bigotes, era un cuadro enorme donde se veía un alebrije muy colorido, un bosque y, a lo lejos, unos ojos rojos que infundían miedo. Ese cuadro tenía muchos años ahí, casi desde que habían abierto la escuela. Tío Bigotes, parándose enfrente del cuadro simplemente saltó y, para sorpresa de los tres amigos, desapareció dentro del cuadro. Todos quedaron sorprendidos al ver que el cuadro era un portal hacia uno de los tantos pueblos mágicos que tiene Puebla.

María Alicia, como siempre, comenzó a hablar sin parar, culpando a sus amigos por haber perseguido a Tío Bigotes e iniciando una discusión que terminó con el

fuerte maullido del gato, el cual, muy serio, los miraba con sus enormes ojos verdes. Sin pensarlo, Gabriel lo tomó del lomo y empezó a zangolotearlo. Francisco lo detuvo y María Alicia lo acarició para tranquilizarlo. El gato, morrongo, como es costumbre en todos los gatos, dio otro maullido y de la nada apareció un alebrije increíble. Era un ser mágico, de un metro aproximadamente, con cabeza ovalada, ojos de hipopótamo, trompa de elefante, cuello de jirafa, patas de tigre, pancita de cerdo, manos de hámster, alas de ángel, orejas de murciélago y, por nombre, respondía a Domitilo. Sus amigos le decían Domitilito.

Al verlo, Francisco y Gabriel gritaron de miedo:

—¡Ahhh!

Y María Alicia gritó de ternura:

—¡Ah, qué bonito!

Inmediatamente, sus compañeros la voltearon a ver sorprendidos, diciéndole:

—¡Estás loca! ¿Cómo te puede gustar algo tan feo?

—¡Feos ustedes! ¡Si es una ternura! —respondió María Alicia.

No había terminado de decir eso la pequeña niña, cuando un coro de alebrijes gritó sin parar:

—¡Los alebrijes son lo máximo! ¡Los alebrijes son lo máximo!

Una vez que pararon los gritos, Francisco tuvo una idea genial:

—Hay que llevarnos a este alebrije. Está genial para nuestro carro alegórico, con él sacaremos diez y ya ni tendremos que estudiar más, seremos famosos.

Gabriel llevándose las manos a la cara, exclamó:

—¿Cómo podría vestir a esta cosa como a un audaz piloto de carreras? ¡Seríamos el hazmerreír de toda la escuela y tendríamos un cero hasta llegar a la universidad!

María Alicia, defendiendo al alebrije, sólo exclamó:

—¡Grandísimos genios! ¿Cómo se les ocurre que vamos a salir de este cuadro?

Por un segundo, los tres amigos se quedaron viendo y comenzaron a llorar, sintiendo enojo y desesperación, lo que los hizo gritarse entre ellos. Lo que ellos no sabían, era que no estaban sólo con los alebrijes, sino que a unos metros se encontraba dormido un monstruo de cinco metros, que se alimentaba del enojo y la desesperación de la gente. Cuando los alebrijes vieron su llanto, comenzaron a cantar para que no despertaran al monstruo, pero ya era muy tarde.

Tío Bigotes, que hasta el momento sólo había estado mirando todo desde la rama de un árbol, saltó sobre el pequeño alebrije diciéndole con voz chillona:

—¡Domitilito, Domitilito, corran, ya despertaron al monstruo!

Y Francisco preguntó:



—¿Y ahora cómo lo paramos?

El alebrije, muy seguro, contestó:

—Si lo pudimos detener cuando los franceses llegaron, lo podremos volver a detener, sólo hay que cuidar que no despierte a Don Gollo, ya ves que se pone a fumar y luego no para.

María Alicia preguntó:

—¿Quién es el monstruo? ¿Quién es Don Gollo? Y, lo más importante: ¿cómo salimos de aquí?

—¡Tranquila, son muchas preguntas para una sola niña tan pequeña! —contestó el alebrije, rápidamente—. Yo respondo lento, muy lento y cantadito, como buen poblanito. A ver, pequeña, el monstruo existe desde el comienzo de los tiempos; se alimenta y crece por el enojo de la gente, la codicia, la falta de respeto y amor; duerme cuando la gente es gentil, agradable y amistosa con los demás, como en un pasado la gente era. Nosotros los alebrijes fuimos creados para llenar de amor, color e ilusión a Puebla, porque en los últimos años, Puebla ha cambiado y el monstruo ha despertado, si no lo detenemos, crecerá hasta convertir a Puebla en un lugar oscuro



y lleno de maldad, por eso es importante el amor, porque Puebla es luminosa y llena de magia. Ah, por cierto, Don Gollo es el que todos conocen como Popocatepetl; él fuma mucho, qué bárbaro. ¿Que cómo salimos?, es muy buena pregunta. ¡Gato, guíanos! —dijo el alebrije con voz alegre.

Tío Bigotes se dirigió frente a un marco de madera que tenía un cuadro de la biblioteca de la escuela. Tío Bigotes, como antes, simplemente saltó llegando nuevamente a la escuela.

Francisco y Gabriel se pusieron de acuerdo en que deberían de hacer el carro alegórico más vistoso y alegre para contagiar a la gente su alegría, de esa forma, volver a ganar la batalla en 5 de mayo, pero esta vez contra el monstruo del enojo y la maldad. Decidieron que el pequeño alebrije debía ser la imagen principal de su carro alegórico. Francisco y Gabriel vestirían vistosos trajes de charro, puesto que Gabriel ya no los consideraba ridículos, y María Alicia iría vestida de un hermoso ángel para traer el recuerdo de la paz a la ciudad. De esa forma harían dormir nuevamente al monstruo y Puebla volvería a ser una ciudad tranquila. Aún resta mucho por hacer, pero no es imposible.

## MARTÍN YAHIR MUÑOZ CARIÑO

Edad: 11 años • Grado: 6°

Nombre de la escuela: Primaria Vicente Guerrero • Municipio: Quimixtlan  
Nombre del docente: Verónica Martínez Filomeno • Lengua materna: náhuatl

# Kampa yetok sej toknij, omkak miak tekit. Tij nochin tij moj ajsi

Sej tonal nemia sej okichpil monotsaya Agustín, semi inel kipiayatomín, wan noj nejmia sej okichpil, monotsaya juan yejwa amoj tey kipiaya tomin, nejmia tech sej altepekonetl monotsa Rincón de los Reyes, Agustín kipiaya semi inel miak ajawilmej kemej kuetach ololmej, wan miake ojseki tamanmej. Sej tonal, mawiltitoya in Agustín, wan kili in Juan wel nimawiltis, tanankili in Agustín amoj, kinankilique in okichpil Juan, yajki chokatiajki, wan in okichpil Agustín momachili pitsofikj, kiye kon kinankili. Tech ojse kualkan panok, Agustín kij tajpalo, wan amoj kinankili, ontosal wala nij nana in Juan wan kinankili in Agustín xoj nochan, wan yajki wan kili kalaki okichpil, wan ¿mostika tanesik, Agustín kilij in Juan iken tietok! ¿Tik neki tij mawiltis nowan?, Juan amoj kinankili yej moj nemilij xaj kinenemilitok, ijkuak ejkok nij nana in Juan wan kinotsak maj yojwi nichan, ompa kitapowi nij nana in Juan sekin tanemilislimej, wan kinmak sej kacho tlaxcal, ton tipiyaj taol in elotl, wan noj kitsopeli. Panokej in xiwitmej, wan sej tonal, Juan kili in Agustín, ¿Kemaj wel mowan mij mawiltis? ¿Kema! Moj elnamiktij ton kilikaj in masakamej, wan noj moj elnamiktij ton kinnilika nij nana in Juan.

Kemaj kon kin panokaj in okichpil Agustín wan in Juan nochipa kuali yajkej yolikninej.

Kijtoj Agustín ton amoj kipia tomin, wan ton kipia tomin, nochin sansej.

Pewak kijtopowia, kej amoj kuali ton kichiwilijaj nij okichpil, amo kualtsin, wan noj moj enamiktij, yejwa kej kon kichiwilikan, wan noj kilikaj kon, panokej in tonalmej, wan kilikej in okichpil Juan amoj keman tey kilisok, tatsontamik nochipa yajke yoliknimej. Kijto Agustín ton kipia tomin, wan ton amoj tey kipia, nochin moj ajsi.

Wan noj kin tapowi nin nana in okichpil kej yej semi amoj tey kuelita, wan semij tanenemiliaj, mij ajalwiwan, wan kin kuilika nochin ton kipia ikaj moj kekelokaj noj, Agustín moj tatautiaya. Semij koali kochtaya in okichpil Agustín kuak tachistikis, semij inel momamoutij ton kitejtemiktoya, wan ompa moj nemili ton kichiwili in okichpil Juan kej amoj kuali yetok.

## Igualdad

Había una vez un niño que se llamaba Agustín; era muy rico y tenía todo, pero también había un niño que se llamaba Juan que era pobre. Vivían en un pueblo que se llamaba Rincón de los Reyes. Agustín tenía muchos juguetes, como pelotas, trompos, canicas, etcétera.

Un día Agustín estaba jugando, entonces Juan le dijo:

—¿Puedo jugar, Agustín?

—¡No! Porque eres pobre y no me gusta jugar con pobres —Agustín le contestó muy enojado, y Juan se fue llorando.

Llegó la noche y Agustín se fue a dormir. Una vez dormido, empezó a soñar que unos duendecillos le quitaban sus juguetes y le decían:

—Eres un niño egoísta y no te gusta compartir tus juguetes, por eso te vamos a quitar todo —Agustín suplicaba que no le quitaran sus juguetes, pero los duendes no escuchaban sus súplicas. De pronto despertó muy espantado y muy arrepentido de lo que había hecho.

A la mañana siguiente, Agustín le dijo a Juan:

—¡Hola! ¿Quieres jugar conmigo?

Juan no le contestó, pensó que se estaba burlando de él. Entonces llegó la mamá de Juan y lo invitó a su casa. La mamá de Juan le empezó a contar unas historias y le dio un pedazo de tlaxcnal elaborado con granos de elote y azúcar. Pasó el tiempo y un día Juan le dijo a Agustín:

—¿Puedo jugar contigo? ¡Claro que sí!

Porque se acordó de la advertencia de los duendes y también de la amabilidad de la mamá de Juan. A partir de entonces, Agustín y Juan siempre fueron amigos.

—Pobres y ricos somos iguales —dijo Agustín.



## FELIPE DE JESÚS ROLDÁN MONTIEL

Edad: 11 años • Grado: 6° • Grupo: Naranja

Nombre de la escuela: Colegio Darlington • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Clara Ivonne Reyna Camacho

# La cabra peluda

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, una cabra peluda, malvada, con cuernos. Estaba siempre molesta, pateaba y amenazaba:

—¡Yo soy una cabra peluda con cuernos! El que me toque la pasará mal, lo patearé, le pegaré con mis cuernos y me lo comeré.

Todo mundo le tenía miedo, animales y personas, no hacía caso de lo que le decían, destrozaba todo con sus grandes cuernos, se comía los jardines de las casas y cosechas del campo, no respetaba a nadie.

La cabra, que no tenía casa, siempre vivía de los demás, ya que se alimentaba de lo que encontrara a su paso, dormía en terrazas o en la casa de otros animales sin que fuera invitada. Como todos le tenían miedo, nadie le decía algo o se defendía de alguna manera.

Un día, todos en el pueblo decidieron ponerle fin a la situación. Todos se ayudaron unos a otros para cerrar muy bien sus casas, pusieron tablas en las ventanas y puertas para que no pudiera entrar. En los jardines pusieron fertilizantes para que no pudiera comer porque le iba a dar asco el olor, y si se lo comía le iba a hacer daño. En las terrazas de sus casas vaciaron agua con cloro para que no pudiera echarse. Ese día, para la suerte del pueblo, llovió mucho todo el día y la noche. La cabra no tenía dónde quedarse, todo estaba cerrado. Empezaron a caer muchos truenos y corrió hacia el bosque buscando un lugar donde dormir y no mojarse.

Ya rumbo a las orillas del pueblo, vio la casa de unos zorros abierta. Al parecer, ellos no se habían enterado de lo que había planeado el pueblo, por lo que se metió en la cueva y puso una piedra para que no entrara el agua y nadie del pueblo.

Cuando llegaron la señora y el señor zorro, se quedaron sorprendidos de que alguien había entrado a su casa, tocaron y dijeron:

—¿Nos puede abrir? Es nuestra casa. Si gusta, la dejamos dormir en un rincón, pero déjenos pasar, nos estamos mojando.



—Soy una cabra peluda con cuernos. Si me quieren sacar, les pegaré, los morderé y luego me los comeré, déjenme en paz —dijo la cabra.

La señora zorra, al oír eso se puso a llorar, y el zorro, con la cola entre las patas, no sabía qué hacer. En eso pensó: “Voy a pedirle ayuda a nuestros amigos. Tal vez solo no pueda, pero entre todos hallaremos una solución”.

El zorro corrió y corrió, fue casa por casa pidiendo ayuda. Todos acudieron a su llamado. Ya estando frente a la casa planearon:

—Vamos a espantarla y así saldrá de la casa.

El señor león gruñó y le dijo con voz muy gruesa:

—Cabra peluda, ya no te tenemos miedo. Tú eres igual a todos nosotros, no nos puedes hacer nada. En cambio, nosotros en grupo somos más fuertes y podemos hacerte muchas cosas. Para empezar, yo puedo entrar y comerte —todo el pueblo lo miró con

susto y él sólo sonrió y dijo—: Pero yo no soy así ni nadie del pueblo, aunque nos has hecho muchas cosas malas, tan sólo queremos vivir en paz unos con otros. Es cierto, en grupo somos más fuertes, pero para ayudarnos entre nosotros y, sobre todo, para respetarnos cada uno con sus cualidades y defectos. Te pedimos disculpas por cerrar las casas y poner sustancias en jardines y terrazas, porque te pudimos hacer daño y eso es lo que menos queríamos.

La cabra, enojada, no les hacía caso y sólo decía:

—No les tengo miedo, no los necesito y nunca los voy a dejar vivir en paz.

Mientras decía esto, pegaba fuertemente sus cuernos contra la piedra. Así siguió por varias horas, mientras todo el pueblo trataba de hablar con ella, para que entrara en razón, hasta que de repente, no se escucharon los golpes de sus cuernos. Temerosos, todos le pidieron al león y al oso que quitaran la piedra. Cuando lo hicieron, vieron a la cabra tirada con sus cuernos rotos y sangrando. Rápidamente, la cargó el oso y se la llevó al hospital. La cabra estaba muy delicada, porque había perdido mucha sangre, y todos en el pueblo hicieron lo posible para ayudarla: le donaron sangre, se turnaban para cuidarla en el hospital. Hasta que un día el doctor les avisó que dentro de una semana ya se iba a poder ir a su casa para que acabara de recuperarse en ella. Mientras pasaba la semana, todos los animales planearon y juntaron material para construirle una casa a la cabra, para que tuviera dónde vivir cuando saliera del hospital.

Cuando salió, la casa todavía no estaba terminada, y la cabra no estaba totalmente sana, por lo que los habitantes del pueblo se la iban turnando llevándosela a su casa y cuidándola. La cabra estaba muy apenada, ya que todos mostraban tanta generosidad hacia ella, no importándoles cómo se había portado con ellos.

Ya totalmente recuperada, recibió su casa por parte de todo el pueblo y hasta le habían conseguido un trabajo para que tuviera dinero para comer. La cabra les dijo a todos los animales:

—Agradezco todo lo que todos han hecho por mí, me demostraron su generosidad al ayudarme, aunque me porté muy mal con ustedes. Discúlpennme, nunca volveré a ser esa cabra malvada, a partir de ahora siempre serán mis amigos. Toda la vida los respetaré y les ayudaré en lo que pueda. Siempre mostraré mi lealtad hacia ustedes. Voy a apoyarlos siempre, como todos ustedes me apoyaron a mí, para que todos podamos vivir en paz y felices.

Y así, desde esa fecha, la cabra y todos los animales del pueblo vivieron felices porque ya no tienen miedo de nada, y saben que siempre en sus vecinos tendrán grandes amigos que estarán con ellos para apoyarse en las buenas y en las malas. [Fin](#).

## ANTONIO GUTIÉRREZ ROBLES

Edad: 10 años • Grado: 5° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Colegio Unión A.C. • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Kisá Morales Tolentino

# La amistad es compartir

Al sur de la ciudad de Puebla, en una colonia muy pobre, vivía un niño de nueve años llamado Elías, era hijo de Carlos, de oficio herrero. Un día, Elías acompañó a su papá a trabajar en una casa muy grande y ostentosa, donde debía cercar con herrería los límites de la propiedad. Elías quedó muy impactado cuando conoció el terreno, había muchos árboles frutales y a él le encantaba la fruta. Mientras su papá comenzaba su trabajo, a él se le hizo fácil jugar; corrió y jugó por dos horas, hasta que le dio hambre.

Cuando se dispuso a buscar a su papá, vio un árbol lleno de manzanas, unas ya en el piso. Elías no aguantó la tentación y tomó una manzana para comérsela; justo cuando le iba a dar la primera mordida, un niño se acercó a él gritándole:

—¿Por qué te comes las manzanas de mi árbol? ¿Quién eres tú?

Elías, espantado, aventó la manzana y se echó a correr buscando a su papá.

Al día siguiente, Elías y su papá regresaron a trabajar. Él ya llevaba comida, por si le daba hambre, y no se separó de su papá por miedo a encontrarse al niño del día anterior. Se acostó en el pasto, y cuando vio al niño acercarse a él, se puso de pie y fue hacia donde estaba su comida, el niño pensó que algo escondía, y le gritó:

—¿Qué escondes? ¿Acaso robaste las manzanas de mi árbol?

Elías, un poco apenado, tomó la bolsa que tenía su comida y le dijo:

—Claro que no, no soy un ladrón, ayer sólo se me antojó la manzana. Sé que hice mal al tomarla sin autorización, discúlpame. Si me acerqué a tomar la bolsa de mi comida, fue para compartirla contigo, la comida se comparte. Así me han dicho mis padres y se siente muy bien comer acompañado y compartiendo.

El niño se acercó y, al ver que se trataba de comida, le sonrió y le dijo:

—Disculpa, te juzgué mal, ten las manzanas que gustes, me diste una gran lección.

Esa tarde compartieron la comida y las manzanas, rieron y jugaron, y desde ese día son muy buenos amigos y comparten comida también con otros amigos.



## JONATHAN VALLE BUENAVISTA

Edad: 11 años • Grado: 6° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Miguel Hidalgo • Municipio: Tonalixco, Tepetzintla, Puebla

Nombre del docente: Severiano Pérez Collado • Lengua materna: totonaco

# Limaxkgan chixku

Xwi makgtúm chatum chixku chu xtakgotsin yumakgóy chatuy chixkuwín lu makgat yakgapan xwilakgoy pokgtu lakgatumunika kachikín ni xkayukxiputunkán; lakgkol-htsinni, lakpuskatna na chuwa maski laktsintsá kaman, xpalakata pi lulimaxkgan xwilakgólh takgalana ti tlawalh xchik tsama chixku, tsintsa xkgalhinkgóy xputawilhkan, lu lakapan xwanit.

Yakxni tlan xla sayin ni klhtatakgó, ni chuwa pala ka ni klhtataputungkoy xpalakata pi lakgatumunika xchawa xmuxtakgacán, ka sekget xlisekgekgonit, xlimakgechuwaniit ka chaxa chu ktijat, sta yakxní tsinú klhtatakgó la xkgasa sayin.

Xlakgaputsá chixku chali chali, yukxi nitu yinan tu lixtapalinankgoy maski lu skujputun niti xmaxkij taskujut yakxni xmaxgtayanan yakgtum, yakgtiy kilhtamaku ni pala xmatlajikan makgapitsi sakkuananín lixkanit xlikatsikgóy xyakgskawagóy, xwanikgóy chali su yatuma nak matlhajjyan xchin kilhtamaku, xtsuku tasay nax stintsá taxtikat tuma xkaxtlawanit, ka yaktij xwanit.

Na puwán pi naxtlawaputún xtakuxtu, pini yakxni malakayinikgó maska tsintá pukuxtu.

Ni lu xtakgelhchiwinán xpuskat xpalakata pi xmaxananí. Ni tu yinán tuna litamawaní pala xtalhagán, xtatanu, katuwá tu na litakaxtayá.

Milh yakgtúm kilhtamakú lu lakgaputsá yalh lhtatá, na chuwá lu lakgsitsí xlakata ni yanan ni xtlawa xtakuxtu, xpuskat xtsapama laktintsá talhagán xla xchixkú.

La tamalh pala lhtatamalh, stukulh manixyukxí chatum kgawasa, max kgalhí pala xyakgkaw kata xamakgtúm wan yuma: —chixkú, ¡ni tu kapuwanti!— wix lulilakgaputsa wila, tlan kyukxilhma la patinampat, la kuaniyan ni yelh na lipuwana. ¡Na yukxilhachu!, natlawaya xla mintakuxtu, lutlanka mi takuxtu na tlawaya! Ka xman chali lan tastunú napina na xyakpún tlhanka sípi. Yantsá na yukyixilha yakgatum tu tlakg kgetlanka kiwi, napina naxtantún, yakxní nayukxilha patum tlanka puxtokgo, namakiya, chu nalipina nak minchik, yaxní nachipina namakgelhkeya. Xmán wankgólh yuma tachiwín, cha xla kawasa xamakgtúm skap yalh, lhpipeline latamalh chixkú chu stankuanalh, wanilh puskat: —tu lanipat— wan chixku; wa manixnit —wanilh pokgtu la manixnilh. —Wan puskat

—Na pina la waniyan, xa makgtum pala xlikana —chi pala ni xlinkgana—, puskat; —mi kiwi na litana— xa makgtum wan chixku.

Xli yakgtujún kilhtamakú, lu kawan tunkuwilh, chixkú lu nilá lakatanks x tawila liya liya lakapastaka. Tamanixni tlawalh kamakgnajatsa kelhtsasngolh, ye lakatsú kamakgwawitu lakaniyukxi, waní xpuskat.

—Kalita kimun —puskat tsinú ka kgalhi, chixku— ye, kana. Puskat, wan —lakgatsuku na pina. Xla chixku tsapu tsukulh tlhawan, kani pala ti kawanín tsapu ka tlhawanti.

Sta lakapulhkan nak tlhanka sipi, tlhan tlhankaliya tlhawankan pokgtu takxtunut.

Ya ka max tatipuxumakauj talhkan na lakapulha tayalh. Puwán nak kan suni lakapulhma.

Kani pali ti wanilh tsapu ka tat. Chixkú tsukupá tsápu tlawán.

Lakapulhli ni xwanikanit, lakaputsá tu tlakg tlhanka kiwi xamakgtum takgsli, tsukulh tlawan, xa makgtum lakgchalh, lakaputsa tlanka puxtokgo. La xwanín manixnit, tsukulh tantutlawan kiwi, ye xlagchama niti tsukulh xamakgtúm yukxí piya tlhanka puxtokgo. Yakxni ye malaktsojima, tayáchi tsama kawasa chu wanilh chixku:

—¡Pokgtu tsamá tumen mi lá! —wix katsiya tunalilaya, pala nali tlawaya mi chik, suna liskuja, tu tsa na li lakgatiya, pala na tlawaya mi takuxtu— wa chixkú ni palaxkatsí la na kgelhtinán, ka xman walh, ¡lu paxtikatsiniyan! Xla kawasa lakgspuayapá.

Xkut lixmún takgalán kukalh chu milh nax chik. Maski lu tsinka xtakuka, paxuwa chu lulakapala matlawanilh. Lakapulhli nax chik chu waní xpuskat —Lakatsuku kakikgemaklhti.

Xchatijkan tsukukgólh makgelhkgekgó, lawaní: —¡Lhuwa tumen!, tlan namatsek-gaw wan chixku. —Na maknuyaw wan puskat. Xa tlan maknukgólh. Wampalá chixkú, tunkan nak putsá nina chanananaw pala takgsli pukuxtu, malaknulh lhuwa tumen xlakata nixmaxkiputunkan.

Chixkú lakpastakpalá, pulana nak tlawá xatlán kin chik. —Wanilh xpuskat chu wan xla —Tlán na kaxtloyaw naputsaya lhuwa mi tasakkua. Pala yawakgólh tlanka xchikan, lu tlan pulak kaxtlawakgolh, lhuwa tamawakgólh tu pulakkaxtlhokán taliwan pala tlamank, putsílín, xwankga, lhuwa tamawankgolh.

—Wan chixku —nak tlawá chu kintakuxtu, lhuwa kuxi nastayaw, na kastamaxkiyaw ti lakglimaxkgan chixkuwín. —Na chuwa kpuwán wan puskat.

—Chixku; nak putsapalá lhuwa chixkuwín xlakata pala na tlakgoyaw. Wan puskat —ka xman kuanian pi tlán na kamatlajiya, maski lak tsintsá kawasa. —Ni chuwá wix ti katlawaya la x ki ka tlhawakgoyan. —Ni tu kapuwanti wan chixku.

Tlhawalh xtakuxtu, lhuwa tachaná makgalakgólh, na kamakgtayakgólh ti li-maxkgán xwankgonit.

## Un hombre pobre

Había una vez un hombre y su esposa que vivían en la orilla del pueblo, donde nadie los quería por ser pobres, desde los más pequeños hasta los ancianos.

Apenas si podían dormir, su casa era tan pequeña y estaba tan mal construida, que en momentos de tempestad no dormían porque entraba agua por todos lados. El techo era de zacate y las paredes de caña de maíz. Sólo dormían un poco cuando dejaba de llover.

Todas las tardes y noches el hombre se ponía pensativo y triste al ver que no tenían para comprar alimento ni ropa. Lo peor de la situación era que todo mundo los ignoraba, los humillaba y cuando él trabajaba le pagaban barato y lo explotaban de sol a sol. Había veces que ni le pagaban, algunos le decían: “Te pago mañana”, pero ese mañana nunca llegaba.

Regresaba a su choza, se sentaba y se ponía a llorar; su sueño era tener su propio cultivo, aunque fuera en terreno pequeño, pero nadie le rentaba un pedacito. No hablaba con su mujer, se sentía apenado, incapaz; veía a su mujer con su ropa remendada de diferentes colores, y sin siquiera un par de huaraches.

Un día este señor se fue a dormir, mientras su esposa terminaba de coser una camisa para él. Tan cansado estaba que en pocos minutos se quedó dormido. Entonces comenzó a soñar, soñó a un niño que le decía:

—¡No te preocupes! No importa, día con día veo cómo sufres, pero ya no hay problema, verás que vas a tener tu propio cultivo. Mañana a mediodía ve a la cima del cerro más alto. Cuando llegues al lugar, busca el árbol más grueso y alto y te diriges hasta tocarlo, ahí observarás un costal, lo recogerás sin abrirlo hasta llegar a tu casa.

Terminó de pronunciar las palabras y desapareció. El señor se despertó de un brinco y hasta su esposa se despertó, quien le dijo:

—¿Qué te pasa?

—Tuve una pesadilla —contestó el señor, y le contó todo lo que había soñado.

—Ve a ese lugar, a lo mejor es cierto lo que dijo.

—Sí —añadió el señor.

—Lleva tu mecapal y traes tu leña.

Al otro día, era el séptimo día de la semana, un día muy hermoso. El señor estaba inquieto de tanto pensar y recordar. A las nueve de la mañana almorzaron y sentía que el tiempo pasaba muy lento. Hasta que dieron las once, le dijo a su esposa:

—Trae mi mecapal.

—Espera un momento —contestó la señora—. Te vas con cuidado —le volvió a decir.



El señor no hizo caso y se fue casi corriendo, como si lo estuvieran llamando. Llegó al lugar indicado, comenzó a buscar el árbol y a lo lejos vio cuál era. Comenzó a caminar hasta que llegó y le dio la vuelta al árbol. De pronto vio un costal, y no lo pensó dos veces: lo agarró. Pero al momento de tocarlo, apareció un niño de diez años, el mismo que había soñado aquella noche:

—Todo eso es tuyo, haz con él lo que quieras —dijo y desapareció.

El hombre sacó su mecapal, lo amarró y, con mucha dificultad, lo echó a su espalda. Con trabajos caminaba, pero estaba contento y eso le motivaba a continuar.

Llegó a su casa y su esposa le ayudó a ponerlo en el suelo. Lo abrieron y se dijeron: —¡Mucho dinero! ¡Mucho dinero!

En la tarde fue a buscar un terreno para su cultivo, aunque no se lo querían dar, él ofreció muchas monedas hasta que lo logró y le pudo decir a su señora:

—Vamos a construir la casa bonita, vamos a comprar todas las cosas que hagan falta.

—Está bien —contestó la mujer.

En poco tiempo terminó su casa. Compró todas las cosas de la cocina. Y luego dijo:

—Voy a comenzar a sembrar.

Buscó muchos peones y muchas hectáreas de sembradío y dos sirvientas para toda la vida.

—Te digo una cosa —dijo la mujer—: no trates a tus ayudantes como te trataban a ti.

—No te preocupes, mujer —dijo el señor.

Cuando cosecharon vendieron muchas semillas y ayudaban a los más pobres. De esta manera todo mundo los apreciaba y vivieron muy felices.



se imprimió en el mes de octubre de 2018,  
por encargo de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,  
en los talleres de Lyon A.G., S.A de C.V., con domicilio en Hierro  
Número 5. Col. Esfuerzo Nacional, Ecatepec Morelos, C.P.55320,  
Estado de México, El tiraje fue de 50,000 ejemplares.

Para su composición se utilizó  
la tipografía Glacial Indifference.